

La llamada interior

A medida que aumentan su poder, con persistente insistencia, los medios de comunicación y las redes sociales, a medida que la fibra óptica perfecciona los tránsitos y los mensajes; a medida que las pantallas se vuelven más y más sofisticadas y la densidad demográfica se ve golpeada por virus y desastres; a medida que crecen las ilusiones vanas y los flujos migratorios, crecen, también, la incomunicación y la soledad, la pobreza y la fragilidad climática. La creencia de que la ciencia y la tecnología nos salvarán, a la larga, del creciente número de amenazas corre el peligro de ser ingenua y vana. Esta civilización se mueve casi siempre a ciegas y la doble polución, física y psíquica, que flota en el ambiente envenena hasta tal punto la realidad compartida aquí y allá que parece que la casa de la renovación se empieza por el tejado y no por donde de-

bería: sus cimientos. Crece la soledad, pero, en lugar de ser una bendición, es un dolor terrible. En lugar de brindarnos hallazgos, provoca desánimos y abandonos.

En su momento, hace muchísimos siglos, se sabía que esos cimientos estaban no en el poder, sino en el saber, en el pensamiento y las creencias. Las culturas comenzaban, se desarrollaban y por fin perecían según fuera la profundidad de sus cosmovisiones. Si acaso una venía a reemplazar a otra, primero debía saberse *qué estado de ánimo individual y luego colectivo abriría la puerta de lo radicalmente nuevo*. Unos pocos hombres y mujeres recibían, como antenas, mensajes respecto a la modificación del rumbo. Se alejaban o separaban de sus entornos familiares y sociales y peregrinaban en pos de los nuevos valores. Con el tiempo, a esas voces solitarias, a esas mentes agudas no exentas de sufrimiento, venían a sumarse otras. Con extrema lentitud brotaban los coros, las alianzas, los proyectos. No sin persecución y desprecio, cada uno de esos individuos devenía un mundo nuevo en el mundo envejecido. Aquí también, al igual que en los orígenes de la noción de número, el uno se vivía a sí mismo como precursor. La mutación se daba

en pocos, uno a uno, para bien de muchos. Apartándose del ruido social, tales seres solitarios comenzaban por habitar en paz, si acaso podían, consigo mismos.

En su hermoso libro *El hombre interior y sus metamorfosis*, M.M. Davy recuerda que durante siglos hombres y mujeres de la cristiandad, pero también de otras tradiciones, optaron por apartarse del mundo real con el fin de entrar en el mundo de lo sobrenatural, segregándose de la comunidad para, en soledad y silencio, entregarse a Dios como si este –al crearnos uno a uno– tuviera más interés en los individuos y su «música callada» que en el mundanal bullicio del mercado. Para referirse a esa vida retirada de los monjes y de los ermitaños, la autora francesa emplea la expresión latina *habitare secum*, que traducida a nuestros días significa «vivir-con-uno-mismo», en progresión constante hacia ese reino de los cielos del que habló Jesús en el Evangelio. Pero la clausura, el claustro, no es una simple y vulgar huida del mundo, como algún sociólogo positivista podría pensar, por lo menos no lo ha sido durante siglos, al punto tal que para un maestro de la dimensión

de san Bernardo, fundador de Císter, la vida en el convento era semejante a un *paradisus claustralis*. Bien pensado, Adán, el Adán andrógino de nuestros orígenes, estuvo un tiempo solo en el paraíso, y es sabido que, una vez expulsados Eva y su esposo de allí, comenzó la difícil multiplicidad, la dispersión y la vida humana tal y como todavía hoy la conocemos: con dolor, esfuerzo y sudor de nuestras frentes.

Para la historia religiosa de Occidente, toda ascesis y tendencia a la soledad y clausura comienza con la figura bíblica del nazareno o nazarena, esos *nazirim* que, haciendo votos de consagrarse durante un tiempo dado a la vida espiritual, se abstendrían de tener relaciones sexuales, beber vino y, entre los varones, de cortarse los cabellos. La primera comunidad cristiana, llamada por los historiadores *nezo-
raya*, que en arameo significa «nazarenos», grabó en la memoria colectiva precisamente esa huella de crecidas cabelleras masculinas, visible en las imágenes que hasta nosotros han llegado, pues casi todos sus miembros –incluido san Pablo–, en un momento u otro de sus vidas habían hecho los votos pertinentes y, en algunos casos, para siempre. De los nazarenos, el hábito pasó, socializándose, a los esenios, quie-

nes no solo guardaban en las cuevas de las inmediaciones del mar Muerto sus documentos y códices, sino que, y por períodos de diferente duración, habitaban en ellas para realizar allí sus ejercicios espirituales. Con el tiempo, y en el primer cristianismo, el bizantino, esos espacios cavernosos pasaron a llamarse *lauras* y en latín *cella*. Células de meditación, rincones secretos para revelaciones públicas, tal y como consignara Jesús en Mateo 6, 6, pasaje en el que leemos: «Más tú, cuando oras, ora a tu Padre que está en secreto (*in abscondito*), y tu Padre, que ve en secreto, te recompensará en público». Es de aquí que emerge la necesidad, como reza el texto latino, del *cubiculum tuum*, del propio espacio, el cual será una exigencia permanente de las clases clericales que, en Occidente como en Oriente, han probado que si el viaje de nuestra especie es horizontal, el periplo máximo al que pueda aspirar cada uno de los individuos que la componen es y será siempre vertical. Así, el buscador espiritual se cierra a una dimensión para abrirse a otra.

Desde luego no se nace solitario, pero es difícil no buscar la soledad –como entre las clarisas, los cartujos, los trapenses o las monjas carmelitas– cuando se quiere caminar hacia la

cúspide en la que nos espera, según el *dictum* del santo de Fontiveros, el «eterno convite», «la cena que engalana y enamora». Sin embargo, en un principio la ocupación monacal –palabra que viene del griego *monós*, «uno»– fue exclusivamente masculina, por cuanto las mujeres, signadas por el embarazo y el parto, estaban más cerca que sus compañeros del «creced y multiplicaos», y por lo tanto en el polo opuesto al de la disminución y la ascesis, la abstención y el sacrificio. Prácticamente hasta el siglo v o vi, en plena patrística griega, son escasas las *ammas* que, junto a los *abbas* o padres del desierto, se dedican a una vida de meditación fuera del mundo social, en sus mismos márgenes. ¿Acaso hay algo que sea más contrario a la función de «madre de lo viviente», símbolo por el que cada mujer, en tanto hija de Eva, lleva consigo el estigma de la abundancia reproductora, que el *eremós* o desierto en el que hay poca vida y menos agua y hacia el que van los eremitas para, en lucha con sus fantasmas interiores, reecontrar el Yo por encima de las apagadas cenizas del ego? Los desengaños urbanos, la vulgaridad, el sometimiento a los padres o a maridos toscos e insensibles empujaron, no obstante, a las mujeres,

y a partir de los citados siglos, a buscar en sí mismas, en los desiertos o las selvas, en las altas montañas o en cuevas apartadas, la *imago Dei*, la certidumbre del Dios creador que tan necesaria les era para sentir cierta plenitud metafísica allí donde antes había poco más que desconsuelo.

También en el taoísmo y el budismo se conocen historias de retiros del mundo para practicar la meditación, el vuelo místico o bien para conquistar una serenidad que, con frecuencia, la vida social no promueve. Un caso notable fue el del maestro chino Po Seng-kuang, que vivió en el siglo IV, alcanzó la nada despreciable edad de ciento diez años, permaneció cincuenta y tres años en un eremitorio de las montañas, estuvo en éxtasis durante siete días seguidos y habló con los animales tras haberlos encantado, como hizo el Orfeo griego, con su flauta de bambú. Sea como sea, la clausura, el poder soportarla –así como también el voto de castidad que supone y exige–, es un don del cielo que no se recibe fácilmente. Pero no hay ningún santo o santa que no haya pasado por ese tipo de encierro y aislamiento, y en

épocas de *interregno* cultural entre civilización y civilización, como parece ser la nuestra, mientras una parte de la sociedad decae y se hunde en su abominación moral y psíquica y otra despunta en pequeños grupúsculos o catacumbas del saber sensible, son precisamente las personas con espíritu monacal, dispuestas a *apartarse del mundo para recrear el mundo*, quienes parecen más proclives a conservar el saber, ordenar el canto, desarrollar medicina y farmacopea y, sobre todo, *discernir entre lo necesario y lo prescindible* restableciendo de ese modo los lazos cósmicos entre el Creador y sus criaturas. Son justamente esos solitarios cuya tarea nadie ve quienes ponen en marcha los nuevos ciclos de espiritualidad, primero para los suyos, luego para los más cercanos y sucesivamente para círculos cada vez más alejados de la experiencia mística que la clausura promueve y depara.

A mediados del siglo XIII, una monja excepcional vivió en Amberes, en los mismos años en que España conoció a Ramon Llull, Arnau de Vilanova, Moisés de León, Ibn Arabí de Murcia y Bonastruc de Porta o Najmánides. En las car-

tas y escritos que de ella se conservan se constata que había redescubierto, clausura mediante, tras el reflujo agotador de las cruzadas y en medio del nacimiento del ciclo artúrico, el arte de la contemplación de los antiguos. Justamente por ser su época –la de los cátaros– tan difícil para una sociedad que experimentó, como nunca antes, la ferocidad de la Iglesia oficial, Hadewich de Amberes insistió en la necesidad de la soledad y la plegaria individual. «Dios te haga ver –escribe en una de sus famosas cartas– cómo es Él y cómo trata a sus servidores o, si prefieres, a sus jóvenes sirvientas, y que te absorbas en Él. Pues en lo más profundo de su sabiduría es donde aprenderás lo que es Él y qué maravillosa suavidad es para los amantes habitar en el otro; pues cada uno mora en el otro de tal manera que ninguno de ellos sabría distinguirse. Pero gozan recíprocamente uno del otro, boca a boca, corazón a corazón, cuerpo a cuerpo, alma a alma; ya que una misma naturaleza divina fluye y traspasa a ambos; cada uno está en el otro y los pasan a ser una misma cosa. Y así han de quedar.» Menos de tres siglos después nuestra santa Teresa dirá, luego de haberlo experimentado en carne propia:

*Oh, Dios, puedan verte mis ojos,
pues eres lumbre dellos.*

Es decir, tórnese obvio lo que está escrito en nuestros órganos y sentidos. Para ello, empero, es preciso *retirarse lejos*, partir en la búsqueda del grial interior y, muchas veces, enclaustrarse como la crisálida para que todo nuestro dolor, toda nuestra incompreensión y todo nuestro sufrimiento adquieran las irisadas alas de la verdadera libertad. Al principio del viaje se da, ciertamente, ese *habitare secum*. Al final, al final Él habita con él donde no hay yo ni nosotros.

Un universo irisado resplandece en cada gota.

Bendita soledad la del que a sí mismo entra a visitarse y en tinieblas crece bajo párpados que en cóncava, húmeda piel poseen la sagrada frescura de la vida. Bendita soledad que entre los dedos estrecha el tibio aire de la paz, y al visitante concede el vasto don de erradicar torpezas y alejar ruidosas compañías. Con solo un suspiro tricolor en el que brilla, muy hondo, el inminente cielo, verde y joven aún la tierra. Ceniciento y liláceo el horizonte.

En el *Libro del esplendor* o *Zohar* se nos dice que «las palabras no caen en el vacío». Tanto las oídas como las pronunciadas, las leídas como las escritas. Todo lo que se manifiesta deja su huella, su reverberación, su leve o poderoso destello. El libro místico se basa, para sostener eso, muy probablemente en un proverbio (18, 21) que dice: «La vida y la muerte están en poder de la lengua». Que tal fe en el valor y el significado del lenguaje nos sorprenda y asombre hoy se debe, sin duda, a la gradual decadencia del verbo y la incontenible preponderancia de la imagen, pero hubo una época en la que se decía: «es un hombre o una mujer de palabra». Dar la palabra era, entonces, un gesto que comprometía a toda la persona. Del mismo modo, meditar la palabra, acariciarla en silencio, mimar sus sílabas, interrogar su raíz, pronunciarla como quien degusta un fruto sabroso ha sido, durante siglos, la forma más alta de consuelo tanto en Oriente como en Occidente. El mejor vehículo para sobrevolar el vacío.

Lo que nosotros llamamos *oración* y los hebreos *tefilá*, cuya más que probable raíz esté en el vocablo *ptil* que significa «cordón», «hilo», «cuerda», constituye la balsa para remontar la

corriente hasta las fuentes de la vida, actuando, su música fonética, más allá de lo discernible en un proceso que calma la mente a la par que la restaura.

Curiosamente, hallamos en el sánscrito *sûtra* y en el pali *sutta*, que también quieren decir «hilo» y «cuerda», una referencia a los diálogos y oraciones didactáticas transmitidas por el Buda y otros maestros a lo largo de los siglos. A su vez, de *sûtra*, los hilos o cuerdas de la enseñanza, andando el tiempo nacerá nuestra palabra *sutura*, costura de los bordes de una herida. Regresando, entonces, de esta pequeña excursión etimológica, y habida cuenta de la perennidad de las plegarias y rezos que vemos en las diversas tradiciones religiosas, ¿qué son las oraciones sino vías de cicatrización para una herida que no es otra que la de haber nacido y llevar existencias separadas? En algún sentido, la oración con sus hilos nos enlaza, nos relaciona. Aunque no nos lo parezca, el lenguaje nos abarca y sustenta anímicamente, nos liga a las generaciones que nos precedieron y nos proyecta y une a las que llevarán nuestra herencia en el futuro. El idioma es, en cierto modo, ese *totum* por el cual sienten nostalgia las partes. La oración, por tanto, actúa

como la argamasa invisible que une a las almas de los seres humanos más allá del espacio y el tiempo y lo hace para bien, *para bien decir o bendecir*. De esta cualidad sensible, delicada y honda de la oración, de su fraternidad y su valor terapéutico, vemos un ejemplo en su correspondiente chino *qí*, ideograma en el cual percibimos que orar se representa por el acto de dejar un hacha ante un altar. Lo que alude a dos cosas: la primera, y sin duda más importante, es que dejo por un instante de trabajar para dirigirme a lo invisible, al mundo de los antepasados, para también al de los maestros; y la segunda es que renuncio por unas horas a la violencia para recogerme y concentrarme en mi interior, en la fuente del ser. Del mismo modo que parece haber una orientación natural basada en los puntos cardinales y el centro, también hay algo semejante para la psique, la cual con harta frecuencia se extravía en sus propias cavilaciones y necesita ser reconducida a su eje para recobrar su salud y estabilidad. Ese eje es, casi siempre, la meditación, la reflexión, acompañada o no de palabras. En soledad.